

Adela Arenas Ramírez (Granada, Andalucía, España)

Periodista, Master en Comunicación Política e Institucional



LA SUERTE DEL AGUA

Desde las nubes más negras y enfadadas que viajan alrededor del globo terráqueo caen infinidad de gotas de agua. Contaminadas al atravesar la atmósfera les espera toda una diversidad de posibilidades. Pueden caer en la inmensidad del mar, servir de riego en el campo, pueden dañar si caen con violencia o calmar la sed al sediento.

¿Habían imaginado alguna vez la vida de una gota de agua? ¿Alguna vez han pensado que el agua pueda tener pensamientos o emociones? ¿Que pueda reír o llorar? ¿Han pensado en sus necesidades, su trabajo, su importancia o sus vivencias?

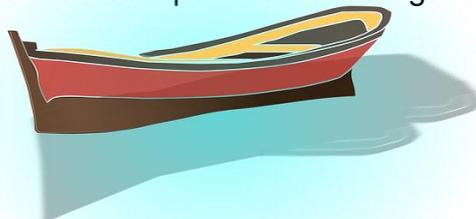
La vida de esta humilde gota de agua ha pasado por diferentes estados de ánimo. Les invito a conocerlos.



Hace ya algún tiempo tuve la fortuna de caer en la ladera de unas altas y blancas montañas al sur de Europa. Mi trabajo diario y el de millones como yo durante meses fue ser sólida para soportar el peso humano mientras ellos se divertían para pasado un poco tiempo y convertido el paisaje blanco en verde olvidarse de aquel paraje. Acabado el invierno llegó el descenso y bajamos por el camino del agua. Río Dílar creo que lo llamaban. Allí pude ver vegetales excepcionales y animales de todo tipo. Aves majestuosas y flores aún más bellas. También he de confesar que me llegué a enamorar. Era una mariposa preciosa bautizada como Niña Andaluza. Nunca vi nada semejante a aquellas alas coloreadas en tonos marrones posadas sobre una rama de madroño al borde del río bañadas por el rayo de sol de media tarde. Por un tiempo, deseé dejar de ser agua para ser gusano.

En mi recorrido por el DÍlar oí historias excepcionales difícilmente olvidables. Recuerdo con especial admiración la vida de una vieja gota que en momentos se ausentaba de pensamiento. Un día le pregunté que qué le pasaba, que en qué pensaba en esos momentos tan suyos. Con lágrimas en los ojos comenzó a describirme como a su paso por el noroeste español fue bañada por un vertido tóxico proveniente de un buque petrolero allá por el año 2002. Detallaba la inmensidad de la mancha negra, la muerte de aves y seres marinos teñidos de negro y la tristeza de los mariscadores pero también hablaba de una gran movilización blanca que ayudó durante días a limpiar el residuo. Estas pérdidas le hicieron comprender la importancia de aquellos que por un tiempo fueron cercanos. La vieja gota decía añorar el acento y la simpatía de las gentes de allí.

En un arrebato de sinceridad otra gota compañera de viaje llegó a contarme que había vivido la muerte de 15 personas al intentar cruzar a nado eso que denominan frontera marítima. Hablaba de su juventud, de la angustia reflejada en sus caras, del color, del dolor, de la esperanza. El rechazo a este lado de la playa hundió sus ilusiones en el Mediterráneo comentaba. Con un nudo en la garganta decía: “Empujados por el ansia de una vida mejor fallecieron ahogados a orillas de un mundo que no quería recibirles”. Por sus palabras llegué a intuir que se sentía culpable de haber formado parte de unas aguas mortales aquel día.



Mientras tanto los días continuaban pasando y pasaba también el curso del río. En aquel largo viaje cada vez estábamos más cerca de desembocar. Era mi primera vez, así que todo era nuevo para mí. Los mayores me decían que no me preocupase que todo este movimiento era inusual y que estaríamos muchos más tranquilos al llegar al Genil. Y llegamos.

Yo no paraba de darle vueltas a la cabeza, me preguntaba por qué había caído ahí y no en otro lugar a lo largo de la inmensidad del planeta. En un lugar donde quizás hubiera podido ayudar más. También pensaba en lo injusto del reparto de recursos. Mientras en este camino había visto a gente desperdiciando agua y comida había oído hablar de otros lugares del planeta donde había niños muriendo de sed y hambre. Soñaba con brotar en el desierto. Los menos de dos mil kilómetros de distancia y la abundancia de agua a su alrededor me hacían cuestionarme aún más porqué ese injusto tratamiento. Las demás gotas me decían que nada podíamos hacer por

arreglar esta situación, que el ciclo del agua está controlado y que no depende de nosotras mismas. Esto me hacía entristecer, enrabieta, llorar y me vencía la impotencia.

Mis compañeras de camino intentaban quitarme estos pensamientos de mi cabeza. Me contaban historias y leyendas de su paso por el borde de un palacio andalusí. Hablaban de un paseo donde no había tristes, de los pasos empinados hacia un tal San Nicolás, de la esencia musulmana del Albaicín, de los sultanes nazaríes del Generalife y de la espiración del último Boabdil.



Foto extraída del blog Fotos de Nefer.

Decían de mí, que escuchaba y observaba mejor que hablaba y así, fascinada por viejas historias, llegamos a la vega de Granada, recorrimos sus pueblos, regamos sus campos, alimentamos a sus ganados, y conocimos a sus gentes. Esta nueva situación me hizo relajarme por un tiempo. Como prometieron las demás gotas este curso era mucho más apacible. Sin prisa pero sin pausa llegamos a Iznájar, el mayor pantano de Andalucía, ocupa tierras de Granada, Málaga y Córdoba. Para mí una inmensidad donde perderme.

Por lo que me dijeron, nuestra salida de aquella gran balsa de agua también dependía del control humano. Como esto podía llevar mucho tiempo me preocupé de conocer el entorno, aquella inmensa laguna. También quise conocer a mis nuevas compañeras de charco. Mi curiosidad me llevó a oír a dos de ellas hablar sobre el inmenso lago en el que habían vivido. Describían otras costumbres, otras culturas, otros orígenes y otros rasgos. Decían que la cercanía del sol quemaba y añoraban pueblos indígenas del oeste de América del Sur, de Bolivia y Perú. Dijeron que el lago, al que llamaban Titicaca, tenía más de 8.500 km² de área, eso para una gota joven como yo era prácticamente incalculable, inimaginable. Después de escuchar escondida su relato no podía

dejar de imaginar este lugar y rezaba cada noche al ciclo del agua para que alguna vez en mi vida tenga la suerte de ver ese escenario.

Así entre conversaciones, saltos, juegos y risas pasaban los días en el estanque. Tengo muy buenos recuerdos de esta época. Hice buenas migas aquí, en especial con otra joven gota. Era inteligente y risueña, muy risueña. Siempre pensaba en sus planes de futuro, en salir de allí y conocer mundo.

Mientras tanto reinaba la tranquilidad entre los habitantes de la laguna. Pequeños bancos de peces y sus asiduos pescadores eran la novedad los fines de semana. Interrumpían, la calma diaria, ajenos a lo que de sus actos pudiésemos pensar.

Llegó el día y de aquí también tuvimos que marchar. Algunas, otras se quedaron y nos despidieron entre sollozos, lágrimas y deseos de reencuentro. Aquí pude ver gotas jóvenes que se separaban de su familia por primera vez, ancianas que probablemente emprendían el último viaje de sus vidas y parejas que tomaron rumbos distintos. Yo también dejé vínculos atrás y no solo el de aquella mariposa del Dílar.

Nos esperaba el Guadalquivir en Palma del Río, pero fue un camino largo. Pasamos por Cuevas de San Marcos, Benamejí, Puente Genil y Écija. Al igual que en el embalse dejamos gotas queridas en esta travesía recibimos afluentes de Lucena, Cabra o Arroyo Blanco. La primavera hacía realmente bellas estas tierras. Las flores estaban en su mejor momento y teñían el marrón y verde del campo de una enorme bandera de colores.



Imagen extraída

de la web 10 fotos.

Se acercaba ya mi penúltima desembocadura y como en otras ocasiones estaba ansiosa por descubrir que había después de aquella puerta.

Recuerdo aquel momento en el que se abrió el más amplio caudal que yo había experimentado hasta ahora pero también el más calmado. Quedé fascinada la noche que a mi paso por Sevilla pude ver un enorme puente y a lo lejos, la luna reflejada en el agua. Aquí pude oír las campanas de una antigua mezquita convertida al cristianismo llamada Giralda.



Recorridos kilómetros y kilómetros más de cauce sosegado llegamos a una gran extensión de terreno inundable al borde del Guadalquivir. Allí mis vecinos eran gaviotas, flamencos, patos, cigüeñas y somormujos pero también anguilas, carpas, lenguados, róbalos y esturiones.

Ya a pocos kilómetros de Sanlúcar de Barrameda y echando la vista atrás me invadió la melancolía y caí en la cuenta de la cantidad de lugares transitados, la de cauces recorridos, los centenares de seres conocidos, las historias vividas, las estaciones pasadas...Podría decir que ha llovido mucho desde aquel invierno en la montaña. Pero el viaje aún no había acabado, todavía me esperaba conocer uno de los mayores océanos del planeta. Tan grande es que ocupa una quinta parte de la superficie terrestre.

Aquí me sentía libre, muy libre, extasiada. Lejos de morir sabía que había llegado a mi meta. Por primera vez apreciaba lo que era vivir sin control humano, sin nada a mi alrededor. Sentía que todas aquellas gotas juntas podíamos hacer cosas grandes. Allí fui consciente de la inmensidad del agua pero también de sus limitaciones. Un 70% de la superficie de la tierra es líquido pero el consumo humano está limitado a agua dulce. La fuerza del agua es capaz de crear energía al igual que el viento o el sol, sin embargo os seguís limitando a energías agotables. Seguíis empeñados en extraer recursos de vuestras costas que pueden ser tan peligrosos como beneficiosos. Y así, esta pequeña gota espera que su camino y su historia os sirvan para pensar y poner un granito de arena en vuestro día a día para evitar que esta sea la gota que colme el vaso de vuestro mundo inconsciente.



La Editorial de **VOX LOCĀLIS** no se responsabiliza de los juicios y opiniones expresados por los autores en sus artículos y colaboraciones.